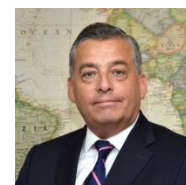


AFGANISTÁN: UNA PESADILLA PARA DOS GIGANTES



Jorge Gatica Bórquez
Editor Panorama de S&D

Cuando George Bush ordenó el inicio de la Operación “*Enduring Freedom*” el 7 de octubre de 2001 como respuesta a los ataques del 11 de septiembre, dando inicio a lo que Estados Unidos ha llamado la guerra global contra el terrorismo, probablemente no imaginó que su decisión comprometería a su gobierno y a sus sucesores, además de otros países aliados. En efecto, la guerra ya lleva casi 17 años y no hay indicios de un final pronto; por el contrario, el panorama se ve tan o más complicado que cuando se inició.

Sin embargo, para entender lo que está ocurriendo hoy es necesario ir varios años atrás, cuando en las últimas acciones de la Guerra Fría la entonces Unión Soviética invadió territorio afgano en 1979 en apoyo a la Revolución de Saur, acción política comunista que había recientemente derrocado al presidente afgano Mohammed Daud Khan. Contra los revolucionarios se alzaron las guerrillas islámicas, los muyahidines; dado el contexto internacional de la época la reacción fue natural: varios países occidentales, en particular Estados Unidos, proporcionaron armas y apoyo a los yihadistas¹. Después de 10 años de estéril lucha, Mijaíl Gorbachov ordenó la retirada de las tropas soviéticas.

La derrota en Afganistán no tuvo solo consecuencias para la entonces Unión Soviética, que ya iniciaba el camino sin retorno a su disolución. Los diez años de guerra interna sirvieron para consolidar un grupo terrorista que suena hasta hoy muy fuerte cuando se habla de seguridad mundial: Al Qaeda. En efecto, bajo el liderazgo de su fundador Osama Bin Laden, la organización creció y extendió sus redes muchos más allá de sus

¹ El propio Zbigniew Brzezinski admitiría varios años después el apoyo norteamericano, en una entrevista concedida a Le Nouvel Observateur, en 1998: “Sí. Según la versión oficial de la historia, la ayuda de la CIA a los muyahidines comenzó en 1980, es decir, después de que el ejército soviético invadiera Afganistán el 24 de diciembre de 1979. Pero la realidad que se mantiene en secreto es bastante diferente: fue el 3 de julio de 1979 cuando el presidente Carter firmó la primera directiva sobre asistencia clandestina a los opositores al régimen prosoviético en Kabul. Y ese día escribí una nota al presidente en la que le expliqué que, en mi opinión, esta ayuda conduciría a una intervención militar de los soviéticos”. (Traducción libre). Disponible en línea en <http://www.voltairenet.org/article165889.html>

fronteras². Y sería el 11 de septiembre del año 2001 cuando irrumpiría en el escenario de la política internacional, con los ataques terroristas que pusieron en jaque a la primera potencia mundial.

LA GUERRA GLOBAL CONTRA EL TERRORISMO

“Buenas tardes. Bajo mis órdenes, las fuerzas armadas de Estados Unidos han iniciado ataques contra los campos de entrenamiento de Al Qaeda e instalaciones militares del régimen talibán en Afganistán. Estas acciones cuidadosamente dirigidas están diseñadas para interrumpir el uso de Afganistán como una base de operaciones del terrorismo y atacar la capacidad militar del régimen talibán”. Con estas palabras, Bush inició el discurso en el cual anunció al país y al mundo el comienzo de lo que está siendo la guerra más larga en la que se haya comprometido Estados Unidos en su historia. En sus palabras –y en todas las instancias que después tuvo– el presidente norteamericano reiteró que la operación militar se desarrollaba contra el terrorismo y no contra el mundo árabe, el islamismo o la población afgana, la que en los hechos –según su versión– estaba esclavizada por el Talibán.

Militares de Alemania, Australia, Canadá, Francia y Gran Bretaña integraron esta fuerza combinada; según lo dijo el propio Bush, recibieron el apoyo de más de 40 países de todo el mundo, quienes autorizaron el uso de su espacio aéreo y de sus bases. En una decisión sin precedentes, la OTAN accionó fuera del área euroatlántica; también, por primera y hasta hoy única vez, recurrió al artículo 5 del tratado en el cual explícitamente acuerdan “que un ataque armado contra una o más de ellas, que tenga lugar en Europa o en América del Norte, será considerado como un ataque dirigido contra todas ellas”; en consecuencia, según su versión, accionaron en el ejercicio del derecho de legítima defensa individual o colectiva reconocido por el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas³.

Aunque en rigor las operaciones militares no han sido interrumpidas desde su inicio el año 2001, es posible distinguir dos fases: la primera, hasta diciembre del 2014, cuando la OTAN puso término a sus operaciones y le transfirió la responsabilidad de la seguridad del país al gobierno afgano en Kabul. Sin embargo, el retiro parcial de las tropas norteamericanas y de sus aliados permitió el recrudecimiento de las hostilidades entre facciones afganas rivales, que luchan por el poder y los recursos. Esto llevó a una nueva etapa, un acuerdo entre los gobiernos de Estados Unidos y Afganistán, en el cual el primero se comprometió a mantener fuerzas de la OTAN. Desde ese punto, las cosas parecen haber ido cada vez peor.

Desde la llegada de Trump a la Casablanca se han intensificado las acciones terroristas y por cierto las operaciones militares. En su Estrategia Nacional de Seguridad 2017, el presidente norteamericano ha sido muy explícito sobre su visión del problema:

² Entre otras, operó en la Guerra de la ex Yugoslavia, en Somalia, en los atentados a las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania, como también en el ataque al buque de la Armada norteamericana US Cole, en Yemen.

³ Tratado del Atlántico Norte, Artículo 5. Consultado en línea el 22 de junio de 2018, en https://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_17120.htm

“Daremos prioridad al fortalecimiento de los Estados donde sus debilidades o fallas incrementarían las amenazas al pueblo norteamericano. Por ejemplo, el compromiso en Afganistán busca evitar el resurgimiento de refugios seguros para terroristas”⁴. Esta idea la ha ratificado con hechos; el 13 de abril recién pasado ordenó el lanzamiento sobre territorio afgano de la llamada “madre de todas las bombas” –el mayor artefacto convencional empleada hasta la fecha– aunque de efectos más psicológicos que destructivos; por otra parte, ha autorizado el despliegue de fuerzas adicionales y, en consecuencia, ha privilegiado la aproximación militar por sobre la política y diplomática.

¿POR QUÉ AFGANISTÁN?

Hasta hoy, los costos de los 17 años de guerra no han sido bajos. Durante el año 2016 Afganistán ocupó el segundo lugar en número de atentados terroristas en el mundo, con un total de 1.615 acciones, detrás de Irak que posee el triste record con 3.356⁵.

En términos económicos, solo para Estados Unidos esta guerra ha costado cerca de 1 billón de dólares. En el precio más doloroso, sin duda, las fuerzas de la coalición superan los 3.500 muertos. Por cierto, en su mayoría han sido norteamericanos que alcanzan a junio de este año casi 2.500, a los que se suman más de 20.000 heridos⁶.

¿Qué podría explicar este impresionante despliegue de recursos? Desde una perspectiva económica, el *New York Times* en el año 2010 daba cuenta del descubrimiento de grandes yacimientos mineros en territorio afgano. Se hablaba de un trillón de dólares en recursos no explotados, muy por encima de cualquier reserva conocida hasta esa fecha. Hierro, cobre, cobalto y otros metales críticos, entre ellos el litio, podrían convertir a Afganistán en una enorme economía⁷.

La ubicación de Afganistán es sin duda estratégica. Por lo mismo, desde una perspectiva geopolítica reciente, el territorio afgano ha estado en medio de los vaivenes de la política internacional desde los tiempos de la Guerra Fría, durante los cuales fue objeto de la estrategia de contención de Kennan, diseño de Estados Unidos para frenar el expansionismo soviético. Ese periodo bipolar, permite también explicar la tensión en el área utilizando la categoría descrita por Raymond Aron conocida como las esferas de influencia. La invasión de la entonces Unión Soviética a Afganistán, fuere cual fuere la causa real o aparente, desafió los equilibrios de poder y detonó un mecanismo de respuesta de Estados Unidos, que directamente contribuyó a aumentar las luchas internas –con sus consecuencias de fragmentación y violencia– incrementando las condiciones para la inestabilidad que reina hoy en el país.

⁴ National Security Strategy 2017, p. 40. (Traducción libre). Consultado en línea el 20 de junio de 2018, en <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>

⁵ <https://ourworldindata.org/terrorism>

⁶ Estadísticas oficiales del Departamento de Defensa de EE.UU., disponible en <https://www.defense.gov/casualty.pdf>

⁷ <https://www.nytimes.com/2010/06/14/world/asia/14minerals.html>

El mundo post Guerra Fría presenta condiciones, complejidades y desafíos distintos. Aun siendo los Estados-naciones los referentes principales en el sistema internacional, han aparecido actores y fenómenos que impactan de manera gravitante en la seguridad internacional. Desde una perspectiva interestatal clásica, sin duda es importante para Estados Unidos y sus aliados de la OTAN estabilizar Afganistán y organizar un gobierno afín, con el propósito de obtener un grado de influencia en un país que lo acerca a sus grandes contendores en el presente y en el futuro. Por otra parte, el terrorismo, el crimen organizado, el extremismo religioso⁸, muchas veces mezclados y potenciados entre ellos mismo, no permiten hacer un análisis tan simple a partir de la lógica interestatal; estas organizaciones, aunque no necesariamente actores en el sistema internacional⁹, generan fenómenos que impiden soluciones tradicionales. No es fácil negociar con ellos, ya que no siempre son claros ni compartidos los propósitos que persiguen, como tampoco hay líderes nítidos, legitimados ni reconocidos por una mayoría significativa. Más aún, es común que el ambiente ideal para la consecución de sus fines sea la anarquía, el caos y la falta de institucionalidad.

El ex asesor del general Petreus en Irak, Aaron O'Connell, en una entrevista ofrecida al *Washington Post* en octubre del 2017, dejaba en evidencia que en Afganistán coexisten varias guerras distintas, algunas de las cuales comenzaron mucho antes de la Operación “*Enduring Freedom*” en el año 2001¹⁰. Hay graves enfrentamientos entre los pastunes (la etnia predominante) y otras etnias; asimismo, existe conflicto entre facciones de los mismos pastunes; hay luchas entre entidades de orden religioso; hay intereses de países de la región, como Pakistán, Turquía y Rusia, que se manifiestan en apoyos de diferente naturaleza a las distintas partes.

Ante tan difícil escenario, surgen detractores en el mundo político e intelectual norteamericano sobre la forma cómo se está llevando esta guerra. Los fantasmas de Vietnam reaparecen una y otra vez. Es cierto, las características de ambos conflictos tienen diferencias. Era otro mundo, eran otros los intereses, eran otros los contendores: nadie habría podido imaginar a soldados del Vietcong atacando la Casablanca, el Pentágono ni las Torres Gemelas. Pero los efectos al interior de la nación norteamericana, en términos de costos políticos, humanos y económicos son los mismos o quizás peores si consideramos cómo opera la mente del ciudadano y cómo se comportan las sociedades hoy.

⁸ Robert D. Kaplan graficó muy bien esto: “Si bien Estados Unidos consideraba a los talibanes islamistas radicales también eran pastunes étnicos con una profunda reverencia por la herencia tribal. Los talibanes vivían según el primitivo credo tribal del *pastunwali* —el “camino de los pastunes”—, un código más severo que la ley coránica. Fue la suma del *pastunwali* con la ley coránica lo que produjo un resultado final tan salvaje”. KAPLAN, Robert . Tropas imperiales. (Barcelona). Ediciones B.S.A. 2007, p. 217.

⁹ Los actores se caracterizan por tener objetivos, estrategias y capacidad para influir en el sistema internacional.

¹⁰ O'CONNELL, Aaron. Why we aren't 'winning' in Afghanistan. The Washington Post, 10 de Agosto 2017. [en línea] [fecha de consulta 10 de junio 2018] Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/america-is-relying-too-much-on-military-power-in-afghanistan/2017/08/10/102a565e-7d19-11e7-a669-b400c5c7e1cc_story.html?noredirect=on&utm_term=.704487b2c43c

El *New York Times*, en agosto del año recién pasado, publicó un extenso análisis sobre la situación en Afganistán y las razones por las cuales el conflicto se mantiene abierto y escalando. En el texto el politólogo del Centro de Análisis y Gestión de Conflictos Internacionales en Países Bajos, Romain Malejacq, manifestaba sus dudas sobre el posible éxito de la estrategia actual, diseñada desde el exterior, para consolidar un Estado en Afganistán destruido desde los años 90. Los esfuerzos liderados por Estados Unidos han tenido algún éxito, pero también han potenciado la violencia y la división al intentar imponer un modelo de gobierno que no es coherente con la idiosincrasia afgana¹¹.

Por ello preocupa y genera gran debate la estrategia presentada por el presidente Trump en agosto del año pasado. En la ocasión, en Fort Myer, anunció un incremento de fuerzas militares en la zona sin fijar plazos, sino condiciones para el retiro. Por otra parte, llamó al gobierno afgano a comprometerse y cumplir su rol, demandó una mayor participación al gobierno de la India y directamente amenazó a Pakistán si no modifica su postura de protección a los terroristas¹². Según lo que muchos analistas y políticos piensan, el anunciado refuerzo militar no resolverá el problema, ya que no es un conflicto con objetivos eminentemente militares.¹³

En otro orden de ideas, es inevitable una comparación con la derrota de la Unión Soviética en el mismo escenario, en las postrimerías de la Guerra Fría. Si bien es cierto hay una idea generalizada de que el fracaso de Moscú fue rotundo, existen interesantes estudios que indican que su salida fue planificada, hábilmente negociada y mejor ejecutada. A modo de ejemplo, en su artículo “Breaking Contact Without Leaving Chaos”, el académico y experto en esa materia Lester W. Grau hace un sustentado análisis y concluye que cuando los soviéticos abandonaron Afganistán lo hicieron profesionalmente. Asimismo, dejaron un ejército mejorado y un gobierno que funcionaba, con asesoría y apoyo económico que aseguraba su viabilidad¹⁴. Según Grau, la retirada se basó en un coordinado plan diplomático, militar y económico que permitió a las fuerzas soviéticas salir ordenadamente y al gobierno afgano sobrevivir¹⁵. Algo similar habría intentado Obama con su plan para abandonar Afganistán el 2014, el que obviamente no obtuvo un buen resultado.

Un complejo escenario para Trump. Aumentar la componente militar genera reacciones políticas adversas al interior de Estados Unidos y también exacerba la violencia en Afganistán. Pero no hacerlo implica ceder aún más espacio al Talibán, el que persistentemente ha incrementado su dominio territorial. Por otra parte, intentar imponer un

¹¹ “Por qué no hay soluciones para la Guerra en Afganistán”, Max Fisher y Amanda Taub. En: The New York Times, publicado en línea el 29 de agosto de 2017. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2017/08/29/por-que-no-hay-soluciones-para-la-guerra-de-afganistan/>

¹² <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-strategy-afghanistan-south-asia/>

¹³ <https://www.reuters.com/article/us-usa-afghanistan/u-s-senators-concerned-trumps-afghanistan-strategy-will-not-succeed-idUSKB N1FQ30Y>

¹⁴ “Breaking Contact Without Leaving Chaos: The Soviet Withdrawal from Afghanistan”, GRAU, Lester. En: The Journal of Slavic Military Studies, publicado en línea el 13 de junio de 2007. Disponible en <https://doi.org/10.1080/13518040701373080>

¹⁵ Surge la natural duda sobre la veracidad de esta última afirmación; de hecho, el gobierno instituido colapsó en corto tiempo.

modelo de Estado en un lugar donde conceptos aplicados en occidente –tales como la democracia, la transparencia, la gobernanza, la institucionalidad y el imperio de la ley, entre otros– son apenas conocidos o incluso despreciados, es un desafío mayor y requiere gran esfuerzo, compromiso de todas las partes y sobre todo tiempo.

El precio que está pagando Estados Unidos es demasiado alto y pareciera que, en términos económicos, políticos, morales y de prestigio internacional, ya superó el costo que le demandó Vietnam. Un gran reto enfrenta el gobierno norteamericano en esta guerra que al parecer le está resultando muy difícil ganar, pero tampoco puede perder y menos aún abandonar.